

Текст для аудирования

La niña y el viejo

María Luisa tenía un corazón de oro, pero era muy perezosa. A la salida del colegio sus compañeros se quedaban en casa una o dos horas haciendo los deberes o iban a la biblioteca. Pero ella no. Se pasaba las horas en la calle jugando sola con una pelota, subiéndose a los árboles o hablando con los vecinos. Entraba en la peluquería de señores, se sentaba en una silla, como si esperara su turno, y escuchaba las animadas discusiones sobre política o sobre fútbol que siempre había en el salón.

Un día, Damián, uno de los viejecitos que la niña había visto muchas veces en la peluquería, fue a la escuela para preguntar si alguno de los niños le quería ayudar a leer el periódico. Dijo que veía muy mal. Llevaba gafas oscuras, como los ciegos que venden números de lotería. A María Luisa le caía simpático aquel abuelo de grandes barbas blancas y aspecto bonachón, que caminaba con dificultad. Se pusieron de acuerdo enseguida y aquel mismo día ella le leyó algunos artículos del periódico.

Diariamente, a la salida del colegio, María Luisa corría hacia la casa del viejecito, se sentaba enfrente de él y le leía primero los titulares y luego los artículos que él elegía. Poco a poco la niña fue cogiendo experiencia y leía cada vez con mayor seguridad.

Un día, el viejecito le pidió que leyera un libro. Desde entonces ya nunca más le pidió que leyera el diario. La niña leía libros en voz alta toda la tarde, incluso hasta las primeras horas de la noche. A veces hablaban de lo que acababa de leer.

Pasó el tiempo y María Luisa siguió yendo todas las tardes a la casa del viejo. Al cabo de un año ya había leído casi todos los libros que había en casa de don Damián y empezó a traer libros de la biblioteca. Unas veces los elegía él, otras lo hacía ella. María Luisa se había aficionado tanto a la lectura que, cuando no estaba en el colegio o en casa de don Damián, se pasaba también todo el tiempo leyendo. Cuando los vecinos le preguntaban algo, ella siempre tenía una respuesta ingeniosa. La gente se quedaba maravillada.

Dos años más tarde María Luisa era ya casi una mujer. Terminó el colegio. Quiso continuar estudiando en la universidad y tuvo que irse a vivir a la ciudad. Se fue a despedir, con mucha pena, del viejecito. La despedida fue muy triste.

– Mira – le dijo don Damián – te quiero hacer un pequeño regalo. Te voy a dar un librito que me regaló mi abuelo hace más de sesenta años, cuando yo tenía tu edad, e

iba a empezar también a estudiar en la universidad. El viejo sacó un librito de un pequeño armario y leyó unas frases.

María Luisa se extrañó al ver que el viejo podía leer sin dificultad, y con tan poca luz, una letra tan pequeña.

– Bueno, ya te lo puedo decir... – dijo el viejo con una cariñosa sonrisa.

– Sabes... es que afortunadamente veo la mar de bien. A mí me pareció que eras una niña muy inteligente y que estabas perdiendo el tiempo, sin hacer nada, todo el día en la calle. Quería que te interesaras por la lectura y no sabía cómo hacerlo. Como nunca habías leído libros no podías saber si te gustaban, no te podías imaginar lo que era leer un libro. Y entonces se me ocurrió la idea de hacer ver que veía mal.